

4. Estado español – Situación política

4.4 La derecha, la polarización y la inestabilidad

La radicalización de la derecha

La radicalización de la derecha ha sido uno de los factores más importantes de la ecuación política de los últimos años. Es importante que profundicemos en la causa de fondo de este proceso, sobre todo para discernir si se trata de un cambio más de fondo de la actitud de un sector de la burguesía o si es un fenómeno más o menos pasajero motivado por los intereses electorales del aparato del PP.

Todo indica que se trata de lo primero, que el giro del PP hacia la extrema derecha es un exponente del proceso de polarización política que hemos venido detectando en los últimos años. Eso, en sí mismo, no es contradictorio, sino más bien complementario, con los intereses electorales del aparato del PP, pero en todo caso es importante remarcar que no se trata **sólo** de los intereses del aparato del PP, desligados de un sector de la burguesía. También sería un contrasentido pensar que el PP representa **sólo** los intereses de un sector del aparato del Estado sin representar a su vez a un sector de la burguesía.

La cuestión de la naturaleza de la radicalización del PP también ha suscitado un cierto debate en la prensa burguesa. Un artículo publicado en *La Vanguardia* titulado *El simulacro de las dos Españas* es paradigmático de la negación de la profundidad del giro a la derecha del PP. Dice el artículo: “sería un grave error confundir la actual fibrilación (en medicina, contracción incontrolada de las fibras del músculo cardíaco) con la España de los años 30, la que consagró el mito fratricida. Aquellas dos Españas que helaban el corazón surgían de muy abajo, tenían hondas raíces. Eran hijas de la decadencia del imperio y de un siglo XIX desgraciado e incapaz de vertebrar un Estado moderno; que hoy existe y funciona bastante mejor de lo que todos tendemos a creer, sumidos como estamos en la cultura de la queja, que es como la gota, un mal de gente bien alimentada”.

Así, el giro del PP es una “fibrilación” y no tiene “hondas raíces” porque ahora, a diferencia de los años 30, sí tenemos un “estado moderno”. En realidad este tipo de análisis pretendidamente profundo es bastante superficial. No acierta ni en las causas últimas de la situación revolucionaria de los años 30 ni en las causas de la actual polarización política. Por supuesto que en el Estado español no estamos en una situación revolucionaria como en los años 30, pero el punto central del debate es si la actitud del PP es simplemente una pose “retro” desagradable para las mentes cultas o un indicativo de las nuevas coordenadas en las que está empezando a desarrollarse la lucha de clases. Para un sector de la intelectualidad burguesa, convencida de los profundos cambios que ha introducido la “modernidad”, la radicalización, sea a derecha o a izquierda, no puede ser algo más que una “fibrilación”, algo artificial, una injerencia externa al armónico desarrollo político que habían pronosticado para España y para el mundo... en sus cabezas. Después de años pensando y defendiendo que la lucha de clases era historia, acabaron por creerse sus propias mentiras y la polarización les resulta profundamente chocante y simplemente la niegan.

Los marxistas debemos tomar las cosas como son. En los últimos años el PP ha cruzado unos límites como jamás lo había hecho ningún partido, salvo la ultraderecha. Ha vinculado al PSOE con ETA, ha machacado con la idea de que el PSOE ganó las elecciones mediante una oscura trama terrorista, ha deslegitimado las propias instituciones burguesas, ha situado la calle como punto de referencia para la pugna política, ha incendiado los ánimos de su base social y del sector del aparato del Estado más afín al proclamar que España se rompe y que los cristianos están perseguidos, ha defendido más claramente que nunca para las masas su

pasado franquista, ha hecho gala como nunca de la necesidad de mano dura contra los inmigrantes. Todo esto es real y tiene consecuencias.

El PP creó las condiciones políticas para el “pronunciamiento” de Mena, que por supuesto no tenía un propósito golpista, pero sí el de agrupar y animar a los sectores más ultras del ejército. La línea del PP está totalmente entroncada con la posición de, al menos, un sector de la patronal y, desde luego, de la mayoría de la cúpula de la Iglesia. Las diatribas del PP contra los inmigrantes, contra la juventud y contra la izquierda han dado una tremenda cobertura política a la ultraderecha, cuyos grupos están siendo sostenidos por los empresarios de la construcción, muy ligados al negocio del fútbol, y encuentran un buen caldo de cultivo en los cuarteles. Es conocida la vinculación de Zaplana con la empresa Levantina de Seguridad SA, que ha recibido contratos millonarios de la administración valenciana. “Por llevar una patilla larga te pueden meter varios días de arresto. Pero por lucir tatuajes con símbolos neonazis no pasa nada”, denunciaba un soldado en un muy revelador artículo de *El Herald de Aragón* (19-04-2006) sobre la infiltración ultraderechista en los cuarteles.

Por supuesto que no hay nada peor que magnificar de forma impresionista la capacidad de la derecha. Aunque pueda parecer una afirmación chocante, la derecha está revelando, en el fondo, una gran debilidad. Es muy significativo que sus manifestaciones a lo largo de estos dos últimos años no han conseguido llegar ni a una pequeñísima parte de lo que movilizó la izquierda contra el PP. Después de infinitas horas de histeria televisiva y radiofónica, y pese a contar con ingentes recursos económicos, la derecha ha movilizado, en las convocatorias que ha hecho por la unidad de España, los matrimonios gay o la educación, como mucho a 300.000 personas simultáneamente. Todas sus convocatorias han sido en una sola ciudad. En contraste, la izquierda movilizó a 6 millones de personas contra la guerra y superó muchas veces las 300.000 personas en todo el Estado en movilizaciones contra el Prestige, la huelga general, la oposición al trasvase del Ebro, etc.

Si los dirigentes de la izquierda se apoyasen en el odio que está generando esta gentuza y lo ligaran a la defensa de un programa socialista, el movimiento obrero y juvenil barrería sin problemas los aires de grandeza y fuerza que se está dando la derecha, magnificada por la incapacidad de los dirigentes socialdemócratas de hacerles frente.

Insistimos: lo que queremos resaltar es que la radicalización de la derecha obedece a cambios muy significativos en la sociedad y en la actitud de un sector de la clase dominante. En primer lugar, ha sido una réplica a la sacudida sísmica que supuso el profundo e intenso movimiento de la izquierda que hemos mencionado y que provocó el horror de un sector de las masas de la burguesía y de la pequeña burguesía más próxima políticamente a la clase dominante. Pero además, debemos de tratar de ver un cuadro más amplio, ligando este giro a otra serie de aspectos que se han ido desarrollando de manera más oculta.

El empuje del sector empresarial ligado a la economía del ladrillo y la connotación mafiosa que tiene este sector de la burguesía, cuyos negocios están muy ligados, como estamos viendo, a la extorsión y a las tramas de corrupción; la propia tendencia del imperialismo a la solución militar de los conflictos; las tendencias al bonapartismo y a la restricción de los derechos democráticos en todos los países; la oleada de movilizaciones que ha sacudido Europa en los últimos años; el propio ciclo económico, que ha dado una enorme preponderancia al capital monopolista y financiero y se ha basado en una gigantesca deuda que se tiene que devolver, y esto exige que la porra del Estado sea bien visible; la crisis europea y la tendencia hacia el nacionalismo económico; todos esos factores, que confluyen en uno solo, el incremento de las tensiones entre las clases, es lo que explica y nos suministra las bases materiales de ese proceso de radicalización de la burguesía.

Por supuesto que ese proceso no implica que en el futuro no vaya a haber nuevos giros, crisis y escisiones en la derecha. En todo caso, es significativo que hasta el momento no se haya producido un desgajamiento del electorado de la derecha, a pesar de toda su parafernalia. Esto no es tanto una indicación de que los ladridos de Zaplana encandilen a los 10 millones de votantes del PP, sino más bien de que hasta ahora no les ha importado tener a perros rabiosos al frente de su partido preferido. También indica, cuando menos, un cierto histerismo de un sector de las masas de la pequeña burguesía. Por otro lado, en un contexto en el que la disputa electoral es tan ajustada, el lenguaje del PP tiene la ventaja de mantener en sus filas a un sector del electorado que bien podría votar a un partido de ultraderecha. Vemos en Europa que este tipo de partidos pueden llevarse un pellizco importante del electorado de la derecha. De ahí que un giro “al centro”, tantas veces anunciado y nunca puesto en práctica, no esté exento de algunos peligros.

Además, la derecha ha encontrado un filón en las traiciones pasadas y presentes de los dirigentes reformistas y combina la apología más descarada de los clásicos valores fascistas con una contumaz defensa de la Constitución y otros “pilares” de la democracia, como la ley de Partidos, aprobada con las dos manos por el PSOE.

Siempre hemos dicho que la socialdemocracia, para una burguesía tan débil como la española, era un pilar fundamental para mantener la estabilidad política del sistema. Aunque no podemos exagerar, el propio debilitamiento de la socialdemocracia como factor de contención de la lucha social y de legitimación del sistema burgués hace que, para un sector de la burguesía, sea necesario ir preparando el terreno para un enfrentamiento más duro con el movimiento obrero. Se han dado cuenta de que es necesario cuidar el segundo círculo de seguridad. En ese camino, la derecha tiene el camino trillado por su pasado histórico reciente.

Es evidente que un sector de la burguesía ve con mucha preocupación el camino que está tomando la derecha. *El País* dedicó bastantes artículos y editoriales a la necesidad de bajar la “tensión social”. Eso es lo que piensa el sector más inteligente de la burguesía, que no ve la necesidad de alimentar la polarización política más de lo necesario. Y lo cierto es que, desde el punto de vista de sus intereses, tiene bastante razón. Para los sectores de la clase dominante que tienen una visión más amplia de la historia de la lucha de clases, esta actitud del PP azuzando el enfrentamiento permanente con el PSOE, convirtiendo cualquier tribuna pública en un ring de boxeo, tiene consecuencias preocupantes, pues despierta el odio de clase de millones de jóvenes y trabajadores, rompiendo el método del consenso político que tan buenos frutos le ha dado en las últimas décadas. Pero lo que piensan estos estrategas no es más “real” ni más importante que las consecuencias de lo que, de hecho, ya está haciendo la derecha. Además, ¿no es precisamente un indicativo de la situación política, no sólo en el Estado español sino a escala internacional, que los sectores más inteligentes de la burguesía no parecen estar al mando de las acciones políticas de su clase? Ahora todos los “inteligentes” lloran el desastre de Bush en Iraq, pero ¿no es significativo que no lo pudieran impedir, que estuvieran tan apartados de las palancas del poder? ¿No es ésa otra señal importante del cambio de época? *El País* se lamenta del peligro de la polarización que provoca el PP, incluso el *ABC* se enfrenta a la cúpula del PP por sus delirantes tesis sobre la conspiración en el atentado islamista del 11-M. Sin embargo, ¿no habrá un sector de la burguesía que les responda que de la polarización no hay lamentarse, sino prepararse para salir de ella airosa? Sí, y es posible que incluso para esta estrategia de tensión la burguesía preferiría a otras personas más capaces que Aznar, Acebes, Zaplana, Rajoy, etc., pero tiene que trabajar con lo que hay, y en el pasado la derecha tampoco contó con mejores capacidades. En cualquier caso, esta situación es un reflejo muy evidente de la debilidad histórica de la burguesía española, que siempre se ha tenido que apoyar, salvo excepciones históricas, en regímenes bonapartistas y represivos.

En el anterior documento señalábamos una peculiaridad de la polarización política: que no tuviese una expresión organizada por arriba en la izquierda. En realidad, esa "asincronía" no es nueva. En los años 30 la "derecha extrema" adquirió una expresión por arriba antes que la "izquierda extrema" tuviese también su representación. Es casi una norma de los procesos de radicalización política, muy vinculada a la idea de que la reacción espolea a la revolución. Al igual que no existen revoluciones "de manual", tampoco existen situaciones de polarización política de manual, en la que todos los procesos son simétricos y simultáneos.

La creciente polarización política está inevitablemente asociada a cambios de comportamiento en la clase dominante y en la clase obrera, a divisiones internas, a reorientaciones tácticas, a improvisación, etc. Eso es lo que vincula la polarización a la inestabilidad, que caracteriza la nueva época. Y también se ve el proceso contrario. La inestabilidad, la falta de planes, los titubeos y las divisiones de la burguesía en temas que hasta el momento parecían seguros y eternos alimentan la sensación de inseguridad del sistema, lo deslegitima y empuja a las clases a la polarización.

La nueva época en la que hemos entrado, la más turbulenta de la historia, no ha hecho más que empezar, pero ya ha empezado.